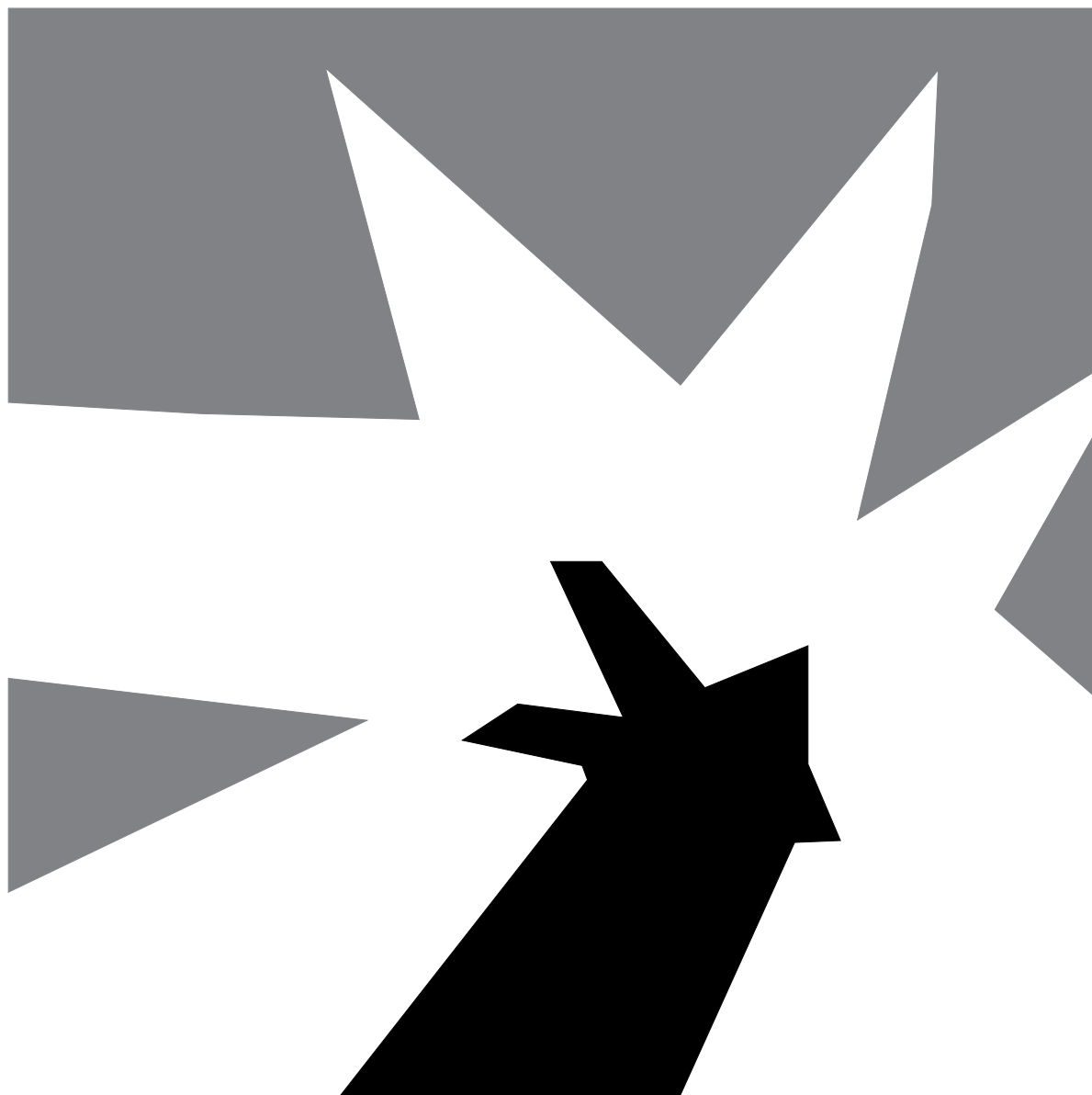




Circe Urania Sencial Gómez^{*}
La ignorancia,
nuestro peor enemigo

^{*} Ingeniera Civil Universidad Nacional de Colombia. MS en Ciencias Universidad de Iowa. Integrante del Grupo Mujer y Sociedad.

Era de esperarse, no sé cómo todavía estoy viva... Es necesario que lo relatado esté inscrito dentro de una historia. No se pueden entender hechos ni actitudes aisladas. Tristemente, fui procrastinando para escribirla hasta darme cuenta, en este momento, que fue un gran error. Todo debe entrar dentro de un contexto coherente para medio entender, lo que no es entendible.

El peor enemigo que nos acompaña es la ignorancia. Dándome cuenta de que estaba enfrentada a algo que, a mis 19 años intuí como muy grave, pero no supe definir ni llegar a la fuente por muchas razones, una de ellas, que nadie nace aprendido y para aprender, se necesita tiempo y dedicación. Sólo me acompañó la intuición y, entonces, tomé una sabia decisión de no casarme con Jairo, dejándolo ir solo para Francia. Él se quedó con la incomodidad de haber sido rechazado sabiéndose genio, el mejor estudiante de la Universidad Nacional de Colombia y más cosas que él podría pensar de sí mismo.

Durante el noviazgo que duró un poco más de un año, nunca me comentó algo acerca de su familia. Me enteré de que tenía un hermano muy prestigioso en su profesión como abogado penalista y, que, además, estuvo en varios períodos como senador de la República. No supe más hasta ese momento.

Cuando entré a la *Escuela de Minas* en el año 1958, sabía que me enfrentaba a una carrera difícil, difícil en sí misma si no, cargada de una serie de mitos apabullantes para todo el mundo y en especial, para una mujer. No fui la primera mujer en estudiar allí. Cuando el Estado permitió que las mujeres estudiaran bachillerato, muchas lo hicieron y quisieron seguir estudiando en las pocas carreras que para ese entonces se ofrecían, pocas, no sólo para mujeres

sino para todo el mundo. Hubo mujeres en esa época que eligieron estudiar: medicina, derecho o abogacía, ingeniería y carreras medias, como comercio que ya existía. En realidad, para la época no eran muchas las opciones.

Hacía rato que no pasaban mujeres por la Escuela de Minas cuando yo entré. Fui la quinta que tuvo esa osadía. Había que tener una disciplina férrea para no ser expulsado o expulsada en las épocas del año como Semana Santa o, al salir a las vacaciones de julio o, al final del año, cuando el Consejo de la Facultad se reunía para analizar la hoja de vida de cada estudiante: su rendimiento académico, su puntualidad, su respuesta a la disciplina para, así, notificarle si podía o no continuar en la Facultad.

Aquí debo hacer un paréntesis para contar algo que me pasó. Cuando estaba en el colegio, época dura políticamente. Ya le habían cambiado el nombre al colegio de *Instituto Central Femenino*, por el de *Instituto Isabel La Católica*. Además, pusieron como directora a la señora María Ceballos, quien había sido profesora de mi madre quien, a su vez, la recordaba mucho porque esta señora le enseñaba que el mar no tenía fondo. También, en mi época de bachiller, quitaron la banda del colegio pues eso no era para niñas. Así las cosas, asfixiantes y absurdas, hicimos una huelga en el colegio, pidiéndole apoyo, al *Liceo de la Universidad de Antioquia*. Todo Medellín supo que yo era una de las promotoras. Tumbamos la directora y nos nombraron una abogada joven como rectora. Ya no teníamos que ir a misa todos los días. Ya éramos como el Liceo de la de Antioquia.

Debí tocar muchas puertas para conseguir becas. Era necesario tener un respaldo, ya que las condiciones económicas no me eran favorables.

Esta situación tiene una explicación: mi abuelo, Jesús Gómez González, era de Anorí, Antioquia. Tierra minera y él, quien pudo conocer bien la zona, vendía y compraba oro, además, de tener acciones en muchas minas. Para ese entonces, le tocó instalarse en Medellín, y, poder así, atender su profesión de abogado, ser juez y, asistir al Congreso de la República. Las condiciones de las minas, que parecían buenas, con los años, se deterioraron por la llegada de la Empresa gringa -La PATO-, que explotó las minas de la región. Estando pequeña, me enteraba que la familia iba a una oficina situada en la esquina de la calle Colombia con la carrera Junín, en Medellín, a reclamar regalías de las minas. Cada vez recibían menos. Con ese dinero mis tías compraron una finca cerca de Medellín y de la cual les tocó salir huyendo en la época de la violencia. Mi madre le entregó lo que tenía a mi papá y yo no sé qué paso. Nunca me comentaron nada. Estas fueron las razones por las cuales me tocó conseguir becas. Esas eran mis condiciones cuando me presenté a la universidad. Saqué el primer puesto en la Facultad de Arquitectura y el puesto treinta y cinco, en La *Escuela de Minas*. Condiciones importantes para conseguir la o las becas a las que aspiraba tales como: la del Ferrocarril de Antioquia, la Gobernación y la misma Facultad de Minas. Estaba en esas, cuando me llaman de la Curia. ¡Uyuyuy!, ¿para qué será? Me hice muchas preguntas al respecto. No era fácil para mí quien nunca había estado cerca de la Iglesia Católica.

Sí, nunca había tenido cercanías con sus doctrinas, excepto cuando en el colegio nos obligaban a asistir a la misa. Más aun, iba con mi tía a llevarle flores al abuelo a quien me enseñaron a llamarle, Nono, y quien estaba enterrado en el Cementerio Laico. Cementerio pequeño, donde había tumbas muy bonitas.

Debía responder al llamado tan raro que me estaban haciendo. Lo pensé mucho. Al fin tomé la decisión de ir. Con bastante preocupación, entré por la puerta del Perdón de la iglesia de la Candelaria y

pregunté dónde era mi cita. Fui llevada a una oficina ante dos curas muy circunspectos, pero a la vez amables, quienes me hablaron de lo que yo había hecho en el colegio y que a ellos les preocupaba mucho. -Tamaño suspenso en el que me encontraba-. La finalidad de la cita en la Iglesia de la Candelaria era para hacerme un ofrecimiento de parte de la Iglesia. El ofrecimiento fue el siguiente: que la iglesia se encargaría, durante todo el tiempo de estudio, de lo necesario para mi sostenimiento, pero, siempre y cuando, dejara de ser revoltosa y me acercara a ella. No veía la hora de salir de ahí, sin embargo, les di mis agradecimientos y, además, diciéndoles que les confirmaría si aceptaba su ofrecimiento. Nunca más, a pesar de las penurias, volví a aparecer por allá. Tenía sólo a mis padres para contarles lo sucedido. A nadie más, era un asunto complejo. Pensé o, me di cuenta, que era algo delicado, para el momento político que se estaba viviendo. Sí, para la época era una situación delicada, sin embargo, tomé la decisión de no volver por allá.

La Facultad de Minas, es decir, el Consejo de la Facultad, sin yo solicitárselo, me exoneraba de la matrícula. Una de las razones para esa deferencia pudo haber sido que nunca repetí materias, siempre iba completa. Para ayudarme me tocó empezar a trabajar temprano: hice un trabajo para la secretaría de *Valorización de la Alcaldía* de Medellín y, además, abrí una oficina para hacer cálculos estructurales, especialmente el cálculo de lozas para casas.

Nunca tuve complejos por trabajar. Recordándolo bien, mi primer trabajo fue de vendedora cuando tenía 16 años, en Bemogú, el primer almacén de secciones que se abría en Medellín. La situación económica era bastante delicada. Afortunadamente tuve el apoyo de la familia paterna y del dueño de la casa donde vivíamos. Un señor de apellido, Del Valle.

Volviendo a mi situación anímica y afectiva, asumo la total responsabilidad de haber cometido el error más grande de mi vida, me tiré en ella, de cabo a

rabo. No hay más que decir. Acepté casarme con Jairo, con anillos prestados por mi primo hermano, José Tulio, quien fue compañero de Jairo durante toda la carrera y se acababa de casar. Hay que hacer estas anotaciones porque, en Colombia en julio de 1962 no había matrimonio civil, ni divorcio, es decir, el matrimonio era para toda la vida y si algo pasaba, la situación era: ni viuda ni soltera ni casada, es decir, quedar como NADIE.

Jairo mintió al hablar con el cura pues no podía decir que venía de Francia porque empezaban averiguar si estaba casado allá y eso tomaba mucho tiempo y él tenía afán y **mucho afán**. Pensándolo bien, hacía tres años no nos veíamos, él llegó con trabajo en Bogotá, yo estaba en Medellín cursando el quinto año en la facultad, es decir, me faltaban año y medio para terminar la carrera. Prácticamente éramos unos desconocidos. Si yo tomaba un tiempito en conocerlo de nuevo, me le volvía a echar para atrás. El asunto era de afán y lo tenía bien pensado. Ocho días después de su llegada ya estábamos casados.

Cuando me di cuenta de lo que había hecho, se me vino el mundo encima. Tragedia total. Al mes estábamos hablando de separarnos, no era fácil, no era fácil, nada era fácil. Había que hacer muchas diligencias legales para conseguir una separación, no divorcio, porque no había esa posibilidad. Eso lo decidía la Iglesia. Él no quería tener hijos porque con el que dejó en Francia le era suficiente. Le llegaban hasta dos cartas semanales de la mujer que dejó en Francia. Tan absurdo fue todo, que nos veíamos cada quince o veinte días pues él trabajaba en Bogotá y yo estudiaba en Medellín. Jamás se me pasó por la mente lo que yo estaba viendo y viviendo; cuando yo no quería el hijo, él entonces si lo quería. Ahí me empecé a dar cuenta del juego sadomasoquista que me estaba montando. ¿Cómo escapar? No fui capaz de escapar.

Las condiciones económicas me acorralaron. Como me casé, me retiraron todas las becas. Había cerrado

la oficina. Dependía económicamente de él. No era sólo yo, toda mi familia que antes dependía de mí, también.

Fue terrible el primer año de matrimonio. Si. Actué como casi todas las mujeres de mi época, a pesar de haber leído y releído a Simone de Beauvoir, y de haber resistido el machismo de la famosa Escuela de Minas. Había algo dentro de mí que me decía: “primero es tu gente”.

En uno de mis viajes a Bogotá, me pregunté: ¿este señor por qué nunca me dice dónde es su oficina ni me presenta como su esposa?

Ese silencio no me gustaba. Tan turbio, sin los mínimos detalles de respeto, sin señorío. Era tan enrarecido y enfermizo el ambiente, que me tocó botar ropa interior de mujer, en uno de mis viajes a Bogotá. ¿Con qué intención la dejaba? ¿Sadismo? Sí. Me dio a entender que yo no le importaba ni que había un ápice de amor. Harta de esta situación, me averigüé la dirección de su oficina y, allá llegué. Me anunciaron y dijeron que esperara en la sala de recibo. ¡Oh sorpresa! No esperaba verme ahí: se puso pálido y tembloroso, las manos sudorosas, no sabía que decir. ¡Me saludó de mano! Fue un encuentro muy incómodo que nunca explicó. Me trató como a una extraña.

Entré en una terrible depresión, como era de esperarse. Era tal sufrimiento que, en una ocasión, en una salida con amigas a un estadero, como se les llama allá a los cafés de carretera, era cerca de la facultad, un poco más arriba, allí, por casualidad, había una mesa con solo hombres; llegamos, las amigas y yo, formamos una mesa de solo mujeres. Las compañeras se levantaron, tal vez al baño y, quedé sola. Los jóvenes se quedaron mirándome y alguno dijo: “ella tiene una pena muy grande y otro respondió: grande no, inmensa”. Otro se dirigió a mí y me preguntó: ¿está sufriendo mucho?, usted tan joven y, sin embargo, se le ve el dolor en todo su ser. No pude hablar, lo que decía era cierto.

Terminé sexto año y ya, como profesional debía trabajar. Fui a Empresas Públicas Municipales –EPM, a solicitar un puesto con la seguridad de que allí, lo había. Siempre las empresas invitaban a los recién egresados de la Escuela de Minas, a almuerzos o a visitar la empresa para que se quedaran trabajando en ella. Yo quería entrar a EPM. Cuando fui, sabiendo que había esa posibilidad. La respuesta fue: “Aquí no contratamos mujeres”. Mientras tanto, Jairo me consiguió trabajo en la C.V.M. Corporación de los Valles del Magdalena y del Sinú. Donde diseñé una estación de piscicultura en el Canal del Dique, una estación meteorológica en la Sierra Nevada y el control de inundaciones en Plato Magdalena.

Ese fue mi estreno como ingeniera. Luego entré a Hidrociviles para diseñar un distrito de riego en Prado, Tolima. Es decir, debía vivir en Bogotá. Para ese entonces a Jairo lo nombraron director de los distritos de riego de Coello y Saldaña de la Caja Agraria, a donde le tocó trasladar su residencia.

Lo anterior quiere decir que llegué a vivir a Bogotá en el año 1964 y él, se fue a vivir al Tolima. Tomamos un apartamento en la carrera 20 con 73, en toda la esquina. Apartamento muy grande, en el último piso y con terraza. Me traje a mi madre como compañía y pensamos que entre ella y Moma-la tía Romelia Gómez viuda de Tamayo- podrían fabricar sacos de lana con unas máquinas que recién salían al mercado. Moma pidió una licencia en el Departamento de Antioquia donde trabajaba como maestra de escuela rural. En los tres meses de licencia no supimos cómo montar el negocio. Ninguna de las tres estaba preparada. La inversión se perdió y Moma retornó a la escuela. Viviendo allí, nació la hija. Jairo subía de vez en cuando, en su nuevo y primer carro que le facilitó La Caja Agraria: un Nissan Patrol.

Luego nos pasamos a vivir a un apartamento más pequeño pero nuevo. En la carrera 17 con calle 67, tercer piso, en Bogotá; también en esquina. Pasaron

muchas cosas en este apartamento. Para mí, estaba muy bien ubicado, pasaba el trolebús por la carrera 17 el cual tomaba en la Carrera Séptima con Jiménez, donde quedaba la oficina donde estaba trabajando.

Jairo seguía viviendo en el Tolima y Zozka –mi madre- quien me acompañó hasta cuando Jairo la echó, en una forma inesperada y descortés. Le conseguí una pieza cerca, mientras veíamos que hacer.

El trabajo era interesante, aprendí mucho. Tenía bajo mi responsabilidad el diseño de canales y todas las estructuras hidráulicas del Distrito de riego de Prado- Tolima. El ambiente en la oficina era inigualable, tanto con los socios y dueños de la oficina como con los y las compañeras de trabajo. La niña cumplió allí, su primer año de vida.

En estas condiciones empecé el psicoanálisis con el doctor José Correal Forero quien había acabado de llegar de Argentina de hacer su especialización. Ya había leído varios libros de Simone de Beauvoir, me hice socia de Cine Club de Colombia. Yo sabía de la existencia del psicoanálisis por mi afición al cine de la época, la lectura de Sartre, Camus. Además, en la biblioteca de la Universidad de Antioquia me topé con libros de psicoanálisis que me dejaron con muchas preguntas.

El psicoanálisis duró varios años, hasta que el doctor Correal me dijo: basta. Cuando me despedí de él, le llevé de regalo los dos tomos del Segundo sexo, de Simone de Beauvoir. Viviendo ahí y, recién entregado el diseño del Distrito de riego de Prado, Tolima, nació mi segundo hijo, por lo tanto, yo quedé en licencia de maternidad y sin trabajo.

Hidrociviles, donde trabajaba, no tenía más contratos. Como nos entendimos tan bien, surgió la propuesta de crear una oficina a la cual le dimos el nombre de SODEIC. Todos y todas éramos socios, incluyendo la secretaria, las dibujantes y los

ingenieros y la ingeniera. Una linda sociedad. Durante la licencia yo permanecía en la casa, mientras los socios buscaban contratos.

En esas condiciones, un día sonó el teléfono. Llamaban a mi esposo de parte de la Universidad Nacional. Él, para ese momento, era la persona que más hidráulica sabía en el país. Contesté: a sus órdenes. Me preguntan por él y me dicen que la llamada es de la Universidad Nacional. Dije: no se encuentra en el momento. Pero, ni corta ni perezosa, pregunté cuál era la finalidad de la llamada. La respuesta fue: necesitamos que nos dicte unas clases de Mecánica de Fluidos.

_ Yo se las puedo dictar

_ ¿Si? ¿Quién es usted?

_ Di mi nombre y agregué: soy ingeniera de la Universidad Nacional, de la Escuela de Minas de Medellín y acabo de diseñar un distrito de riego en Prado Tolima, sus canales y estructura hidráulicas

_ Soy el profesor Kerpel, de la Facultad de Ingeniería. Me gustaría conocerla.

Muy cortésmente terminamos la conversación, me dio la cita para que me presentara y, así fue. Con mucho susto llegué al edificio antiguo de la Facultad de Ingeniería buscando al profesor Kerpel. Tengo este recuerdo: subí unas cuantas escalas, llegué al primer piso y, a mano izquierda estaba su oficina. La presentación fue larga. Al final me dijo: listo, empiece el 1 de mayo- 1967- como Instructora asistente.

Me tocaba dictar clase a tres grupos de Ingeniería Civil, uno de Ingeniería Eléctrica y otro de Ingeniería Mecánica. No sé cómo hice. Eran tantos los alumnos que haciendo las cuentas, dedicándole 10 minutos a calificar cada examen, no alcanzaba a terminar en el tiempo que tenía disponible para el trabajo. No sé cómo hice.

En vista de esta situación nos trasladamos para el Recuerdo, una cuadra al sur, de lo que ahora es la calle 26, media cuadra abajo, de la carrera 28.

Afortunadamente estaba acompañada por mi madre. Sin embargo, cuidé de mis hijos y, como pertenecía a la Sociedad Colombiana de Ingenieros, un día pasé por allá y me comunicaron que habían separado unos apartamentos en Paulo VI, para los socios de la entidad. Así fue, correr a conseguir la cuota inicial. Nos pasamos a Paulo VI, a un buen apartamento. Sin embargo, nada era fácil con una persona como Jairo. Un día se paró a decirme tantas cosas, a insultarme, a tratarme mal. Me quedé mirándole y, sin contestarle nada, decidí irme para Medellín. Me dije: no más. Pedí traslado a La Facultad de Minas aprovechando que, de allá me habían invitado para que instalara el Laboratorio de hidráulica y dictara clases. Una prima me alquiló una pieza y me fui para Medellín con los dos hijos.

Jairo continuó persiguiéndome y consiguió que lo nombraran profesor de tiempo completo en la Facultad de Minas. De nuevo volví a armar casa allá. Ante la situación que la veía grave, le pedí el favor que asistiéramos donde el psiquiatra de la universidad, el doctor Óscar Robledo. Asistimos ambos a las consultas, pero por separado. Un día me dice el doctor, ¿quiere separarse? Yo le dije: claro, pero es imposible. Para donde me vaya allá me va a perseguir. Toca irme fuera del país.

A la siguiente cita, me dice el doctor Robledo: lleve esta carta a la Curia. Ocho días después me llaman y me dan la separación con la custodia de los hijos.

Las cosas de la vida: en ese momento abrieron convocatoria para unas becas LASPAU, me presenté y la gané. En la Universidad para ese entonces había una administración muy reaccionaria, les dieron becas a los estudiantes más de derecha que encontraron. No me quisieron ayudar. El Icetex, me prestó para yo poder dejar el sustento, a las personas que dependían de mí. Me fui con Comisión Ad honorem

Antes de iniciar la maestría estuve seis meses en Austin Texas, haciendo un curso de inglés. Era

absolutamente necesario hacerlo, pues durante todo el bachillerato sólo estudié francés, en la carrera, todos los textos estaban en francés y luego hice unos semestres de francés, en la Universidad Nacional. Nada de inglés.

Llegué a Iowa City, en el estado de Iowa, para hacer la maestría en hidráulica. Con la ayuda de la familia donde hice el Homestay, me instalé en un apartamento para estudiantes. Un mundo nuevo en todos los aspectos, un choque emocional que debería trabajar: una lengua que no dominaba, una ciudad para conocer y poderme adaptar. Podría decir que todo me era nuevo. Cuando estuve un poco más adaptada y matriculada en la universidad, llevé a mi madre con los niños. Ella amaba la ópera, entonces aproveché para que fuera con la niña al teatro a ver a Carmen de Bizet. Fue tanta la emoción para mi madre que se puso las manos en el pecho, dándose cuenta de que tenía una bola muy grande. Era un cáncer del tamaño de un huevo. La llevé en primera instancia a una clínica para gente pobre. De ahí me remitieron al hospital donde dijeron: hay que operar ya.

Así fue. Mandé a la niña y al niño a un campamento de verano, mientras yo permanecía a su lado, pues ella no sabía ni una sola palabra en inglés. Me propusieron en el hospital que sacara una balota de un saco para ver qué tipo de tratamiento se le hacía. La propuesta era que ellos -supongo el hospital- se encargarían de ella por el resto de su vida. Mi respuesta fue rotunda: no, se le hace vaciado completo y yo me hago cargo de ella. No murió de cáncer.

Terminé la maestría, regresé a Colombia. El presidente Alfonso López Michelsen, le había solicitado a Jairo, ser el director del Proyecto Colombo-holandés para estudiar las cuencas de los ríos Magdalena y Cauca. Retornó a Bogotá para asumir esa responsabilidad. Yo regresé en diciembre de 1974 y diez meses después, Jairo muere ahogado en Puerto Berrio donde había viajado a un Congreso sobre el Río Magdalena. Murió el 1 de noviembre, el mismo día que cumplía 41 años. Así la vida resolvió parte de este problema.

Ahí empecé la nueva vida.

